

PRIMERO EL CORAZÓN



PRIMERO EL CORAZÓN

Juanma Brun

Alas Ediciones



El autor quiere expresar su gratitud hacia los lectores como tú, que tienes el libro entre las manos.

Primera edición, noviembre de 2018.

No cometas la imprudencia de hacer uso de este texto fuera de la ética que todos tenemos en mente y nos esforzamos por mantener y entregar al mundo. Gracias.

Derechos reservados de la obra, Juanma Brun.

Derechos reservados del diseño gráfico, Joe Llorente.

Publicado por Alas Ediciones A.S.L

Santander

España

www.alasediciones.com

ISBN: 978-84-090-4716-1

Depósito legal: SA-544-2018

Impreso en el norte de la península.

Diseño de la colección, Joe Llorente.

Este libro es fruto de un cultivo de idealismo que nos caracteriza. No sabemos si es sostenible, pero sí es otra manera de cambiar el devenir de las cosas.

Te recomendamos, antes de emprender la lectura, visionar el video introductorio de *Primero el corazón*, accediendo al siguiente enlace

http://www.alasediciones.com/video_pec

Escena primera

El cielo está limpio y azul. Hace calor. El parque presenta el bullicio habitual de un día festivo. Alex, un hombre de unos treinta y cinco años y aspecto de guaperas un poco trasnochado, está sentado en un banco junto a David, un chaval de unos veinticinco años, un tanto grueso y con el rostro picado de viruela, que va vestido con ropa hippie muy poco favorecedora.

—Lo que no puedes hacer, David, es lamentarte constantemente por ser feo y echarle la culpa de que no ligas a eso. Es que son los feos los únicos que en realidad pueden ligar. Los guapos no ligamos nunca. No lo necesitamos. A las tías les entramos por los ojos; luego basta con decirles tres chorradas y ya está. Pero eso no es ligar. Da igual lo que les digamos; si les hemos entrado por los ojos, al final se van a liar con nosotros, aunque les digamos tonta del culo en suajili. Tú, sin embargo, tienes mucha suerte. Tú sí puedes ligar y eso es muy bonito. Un tío feo, cuando está frente a una tía, es como el general de un pequeño ejército que tiene que rendir a un país poderoso. Debe tener aptitudes, personalidad, estrategia, fuerza, convicción... Todo eso es ligar. Sin embargo, la gente con pasta y los que tenemos buena pinta somos como la marina americana desembarcando en Sudán. Vencemos sin oposición, pero eso es muy aburrido; por eso envidia lo feo que eres, porque tú sí que tienes la posi-

bilidad de ligar realmente, de ser un general victorioso de verdad, con estrategia y rivales de mérito.

David está embobado con el palique de Alex, que, consciente de su triunfo, extrema su escenificación, impostando un tono lastimero que encierra grandes dosis de autoparodia.

—No sé, chico, lo mires por donde lo mires eres un afortunado. ¡Ya me gustaría a mí ser tan feo como tú!

—¡Joder!, nunca me había dado cuenta hasta ahora de lo afortunado que era. ¡Y yo pensaba que lo de ser feo era una putada! —le abraza— Gracias, tío, de verdad, no veas todo lo que estoy aprendiendo contigo.

Tras un breve silencio, el muchacho pregunta:

—Oye, ¿pero de verdad crees que hoy mismo ya voy a poder ligar? ¿Con solo una tarde de aprendizaje ya está?

—Mira David, ligarte a una chica en media hora no es nada complicado. Conseguir una cita e incluso acostarte una vez con una tía es algo relativamente sencillo y eso es lo que yo te voy a enseñar hoy. Es más fácil de lo que parece. Te explico por qué: las mujeres sueñan mucho; y, si sueñan, es que esperan algo o a alguien que ellas antes han fijado en sueños. No buscan a alguien que les guste, sino a alguien con el que han soñado previamente. Eso ayuda bastante. Uno no necesita ya ni siquiera gustarle a una mujer. Para acostarte con ella solo tienes que convertirte en el hombre de sus sueños. Y eso es más fácil de lo que la gente cree. La única dificultad estriba en saber cuál es el hombre que sueña cada mujer. Y es en eso en lo que te

voy a ayudar esta tarde.

—¿Y cómo se hace para saberlo? No parece sencillo ¿no?

—Es mucho más sencillo de lo que crees. A ver, escúchame. Para saber qué tipo de hombre busca una mujer lo único que hay que hacer es fijarse bien en ella. Todo lo que hace una mujer (su forma de comportarse, su forma de vestir, sus hobbies...) es siempre un reclamo para ese hombre. Así, si quieres ligártela tienes que fijarte con atención en cómo viste, en cómo anda, en cómo mira, en cómo pasea y, sobre todo teniendo en cuenta que ahora estamos en un parque, en lo que hace cuando se sienta en un banco; si te fijas con atención en todas estas cosas podrás adivinar cuál es el hombre de sus sueños. ¿Ves, por ejemplo, a aquella chica que está sentada leyendo un libro?

Alex señala a una chica que está sentada en un banco cercano.

—A esa chica le gusta pasear, eso es lógico, estamos al final del parque; le gusta leer, pero sobre todo que la vean leer; fíjate en cómo lee; parece poco natural, abriendo mucho el libro para que se vea bien el título de lo que está leyendo. Una especie de reclamo para que alguien se acerque a preguntarle por él. Si tuviera tanto interés en leerlo, no lo haría en la avenida principal del parque, donde hay más gente paseando y pueden distraerla; se buscaría un sitio más apartado. En el caso concreto de esta chica, por ejemplo, sería importante saber qué está leyendo y trabar entonces una conversación natural acerca del libro. Eso es lo que deberías hacer ahora. Vamos, si la chica te gusta. ¿Te gusta o no?

En ese momento, una chica de unos veinte años especialmente turgente y atractiva se sienta en el banco de enfrente. David desvía su mirada hacia ella, clavando sus ojos de forma exagerada en sus pechos. Excitado, le dice en voz baja a Alex:

—¡A mí me gusta esa! ¡Yo quiero ligarme a esa!

La aparición de la turgente muchacha parece haberle roto los planes a Alex, que intenta que David oriente de nuevo su mirada hacia la treintañera del libro. Para lograrlo le enreda con palabrería.

—No, David, hazme caso, esa no merece la pena. Fíjate en sus ojos, no tienen sustancia. Es un mero recipiente bonito sin nada dentro. Fíjate a lo que ha venido al parque. Nada más que a exhibirse. Se sienta sola, sin hacer nada, no para descansar ni para disfrutar de la tarde. Tampoco para leer. Ni tan siquiera para ligar. Solo se sienta para que la miren. Acostarte con ella sería como liarte con un cuadro, con un mueble, con un jarrón bonito sin alma. Una mujer que no es capaz de disfrutar con el paisaje, o leer un libro y soñar, es como una repisa, como una mesa. Este tipo de mujeres son incapaces de amar, y no merecen ser amadas tampoco. ¿Tú no me dijiste que estabas buscando el amor? ¿Que eras un romántico, un sentimental? Pues con ella no vas a encontrar nada de eso.

Alex mira a David detenidamente y sonríe para sí, pues en la expresión abrumada de su cara constata que sus palabras han dado en el blanco. David chasquea la lengua y habla de nuevo con cierto atropello, como si hubiera cometido alguna trastada y debiera justificarse.

—Tienes razón, tienes razón. Pero no sé, ¿me entiendes?

David se arrima aún más a Alex y le habla en tono confidencial, pero sin dejar de atropellarse.

—Mira, es que a veces me pasan estas cosas. Que me fijo mucho en las tetas de las tías y me olvido del resto; y aunque yo realmente lo que quiero es hablar con ellas y conocerlas y todo eso de enamorarme, a veces lo que me pasa es que me pongo nervioso y les miro a las tetas, así sin más, y me quedo atontado pensando en eso y claro, al final ellas lo notan y por eso me cuesta mucho tener amigas o echarme novia, porque siempre me paso el día mirándoles las tetas. Yo intento explicarles que no es por nada, que realmente no les estoy mirando las tetas, que lo que me pasa es que estoy nervioso y que por eso se las miro, pero no por hacer nada... ¿Pero sabes lo que pasa?, que pienso que eso también es un problema, pues cuando les digo que les miro las tetas porque estoy nervioso y no porque se las quiera chupar ni nada de eso, yo creo que eso lo pone todavía peor todo, porque se quedan pensando que soy maricón, y eso no debe de ser bueno, ¿no? Así que entonces no sé qué hacer y me pongo todavía más nervioso, y pienso que, si dejo de mirarles las tetas, a lo mejor se piensan que es que he dejado de mirárselas porque no me gustan, y para evitar que piensen eso las miro más fijamente y no dejo de mirarlas, pero ellas se piensan entonces que soy un obseso cuando eso es mentira, cuando yo solo les miro las tetas para que no se piensen que no me gustan ni que soy maricón.

Alex escucha estupefacto el demente alegato de David. Lo mira como si fuera un lunático, aunque rápidamente se recompone.

—Te entiendo, claro que te entiendo, David. A mí también me pasaba eso mucho. También yo me fijaba mucho en las tetas de las tías.

David, emocionado, le abraza.

—¿De verdad? Joder, macho, qué alegría. A veces me daba por pensar que estaba un poco pirado. Mi madre, ¿sabes?, por culpa de la tía Antonia, que le dijo —y era mentira— que había intentado tocarle las tetas, y lo que tenía, joder, era un puto hilillo ahí enredado que le iba a quitar, nada más, me obligó a ir a un psiquiatra, que me dio unas pastillas, y que lo único que consiguieron fue que pensara a todas horas en tetas y en tetas. Desde que dejé de tomarlas ya solo pienso en tetas cuando veo a una tía. Y eso, no te creas, es un avance. Por lo menos para algo me ha servido la medicación, para saber que no debo obsesionarme con las tetas, y eso lo he conseguido.

—Oye, ¿tú también tuviste que ir a un psiquiatra por lo de mirarle las tetas a las tías?

Alex ha dejado de escucharle. La treintañera del libro, Alba, le hace una señal, imperceptible para David, y Alex ladea su cabeza negando. La joven, también casi de forma imperceptible, hace un ademán con las manos para indagar en el porqué de la negativa y Alex le responde con un gesto alusivo a la demencia de su compañero. David está tan ensimismado con su cháchara sobre las tetas que no se da cuenta de nada. Finalmente, Alba se levanta del banco y se va. Alex también se levanta, cortando así el parloteo de David.

Saca de su bolsillo dos billetes de cincuenta euros.

–Toma. Lo siento, las clases se han acabado.

David le mira cariacontecido.

–¿Se han acabado? ¿Por qué? No lo entiendo. ¿Por qué me devuelves el dinero? No quiero que me lo devuelvas. ¡Lo que yo quiero es aprender a ligar!

Frenético, saca dinero del bolsillo y se lo pone en la mano a Alex, que lo rechaza tras un pequeño forcejeo.

–¿Quieres más dinero? Toma, no hay problema: te pago el doble.

Ante la negativa de Alex, David empieza a sollozar como un niño.

–No es justo. Me habías dicho que iba a conseguir ligar con quien quisiera. No es justo.

Alex intenta deshacerse de David, que le agarra del brazo mientras solloza.

–Lo siento, David, pero es que me tengo que marchar. Se me había ido la cabeza y pensé que era la semana que viene cuando tenía que ir a arreglar a Francia unas cosas de una herencia. Menos mal que me he acordado. Me tengo que marchar esta misma tarde. No te preocupes, la semana que viene te llamo y seguimos con las clases.

David se da por vencido y deja de agarrarle. Alex se marcha dejando al pobre chaval en el banco llorando a lágrima viva. Cuando está a cierta distancia se da la vuelta y ve cómo la atractiva veinteañera que estaba sentado en el banco de enfrente, apenas por el espectáculo que da el joven llorando a moco tendido, en mitad del parque, se sienta junto a él e intenta consolarle. Lo último que ve Alex, ya desde la lejanía, es a David –súbitamente repuesto– mirar sin ningún tipo

de pudor las tetas de la chica.

Escena segunda

El aspecto de la habitación y el de sus dos moradores, Fede y Amia, deja mucho que desear. Es una mañana de domingo. Ambos están resacosos y sus ropas, junto a restos de comida, están por el suelo. Fede, de unos treinta y cinco años y con pinta de poquita cosa, es de estatura mediana y muy delgado. Amia, que es bastante más alta que él, tiene un aspecto muy varonil y en todos sus ademanes muestra seguridad y decisión. La mujer está tumbada en la cama fumando un cigarrillo. Fede, temiendo que tire la ceniza al suelo, le acerca un cenicero. Pero Amia, desafiante, tira la ceniza en la colcha. Su novio, contrariado, empieza a recoger la habitación.

—Me apetecen unos churros.

Fede se hace el distraído y sigue recogiendo las cosas que hay tiradas por el suelo.

—¿No me has oído? Quiero unos churros.

Fede se da la vuelta y contesta con cara de agobio.

—En casa no tengo churros.

—Pues sal a comprarlos.

—Ya sabes que en el pueblo no venden churros; tendría que ir a la ciudad a por ellos y no me apetece nada coger el coche con la resaca que tengo.

Fede vuelve a darse la vuelta. Amia tira la colilla por la ventana, se acerca por detrás de él y mete su mano por debajo del calzoncillo.

–Si me compras unos churros, te hago una mamada.

Fede le aparta las manos.

–Pero, bueno, ¿a ti se te ha ido la olla o qué?

Amia le replica con sorna:

–¿Qué pasa? ¿Que tampoco se te levanta por las mañanas? Lo de echar un polvo contigo se está poniendo imposible. Ahora ya solo quieres follar por la noche y encima sin luz, como si fuera fácil encontrar esa mierda de polla que tienes a oscuras. Estoy segura de que antes de pajearte te pones una linterna entre las piernas para encontrártela.

–¡Déjame en paz!

–No sé para qué coño me he echado un novio marica.

Ante el silencio de su novio extrema la ironía, abordándole con mimos y caricias impostadas.

–Venga, mi mariquita, si me compras los churros te dejo que te comas tú la porra, que te la comas de arriba abajo, a lo mejor eso es lo que te pone.

–Cuando no se hace lo que quieres solo sabes insultar.

Con una sonrisa de desprecio, la mujer vuelve a tumbarse en la cama. Enciende otro cigarrillo y tira desafiante la ceniza en el suelo. Tras un rato en silencio, sonrío maliciosa y se levanta de la cama. Coge el móvil de Fede, que estaba encima de la mesita de noche, y busca un número en su agenda.

–¿Qué haces?

–Voy a hacerle el ofrecimiento de la mamada a un amiguito tuyo, a ver qué me dice.

En un principio Fede intenta aparentar que no se toma

en serio su amenaza, pero al verla pulsar la pantalla del móvil se dirige a ella para quitárselo de las manos.

—Estate quieta. Dame mi móvil. Deja de hacer el tonto.

Amia se deshace de él con facilidad y sigue buscando números en su agenda.

—A ver, llamo a tu amigo Paco o a Jose. O no, mejor llamo a Rubén. Da igual, cualquiera de ellos me trae los churros echando ostias.

Fede se da la vuelta aparentando despreocupación y sigue recogiendo el cuarto. Su actitud despreocupada enciende a Amia.

—Ah, ¿qué piensas? ¿Que no soy capaz?

Amia pulsa un número de teléfono.

—Hola, Rubén. ¿Qué tal? Mira, te voy a hacer una propuesta, a ver qué te parece...

Con los ojos aterrados, Fede se da la vuelta y tras un forcejeo le arrebatata el móvil a su novia. Comprueba la llamada y se da cuenta de que solo había fingido hacerla. Amia le destina una mirada llena de desdén.

—Pero mira que eres panoli. No sé con quién te has pensado que estás. Llevas siete años saliendo conmigo y todavía te piensas que soy una zorra. Siete años juntos y te crees que voy a chuparle la polla a un amigo tuyo para que me traiga unos churros.

Amia se da la vuelta indignada y finge llorar. Su novio la mira con cara de disgusto, principalmente consigo mismo, ya que se acaba de dar cuenta de que la historia de la llamada no era más que una estratagema que había urdido Amia para humillarle y hacerle ceder en lo de los churros. Consciente ya de su derrota, se acerca a ella con fingida desazón.

—Yo no he querido decir eso. ¿Cómo voy a pensar eso de ti? Me he puesto nervioso y he hecho una gilipollez, te he quitado el teléfono sin pensar. No estaba pensando en nada. Perdóname, por favor. Venga, voy a por los churros, pero no te enfades.

—¿Y así te crees que ya está solucionado todo? Me tratas como a una golfa y te crees que lo puedes arreglar trayéndome unos churros. ¿Y la próxima vez que me trates como una puta, qué me vas a traer, una fabada? ¿Pero tú quien coño te has pensado que soy? ¿Te has pensado que, además de puta, soy estúpida? Fede, que ya parece temerse hasta dónde le va a conducir esta nueva discusión, hace un nuevo intento conciliatorio, poniéndose de rodillas.

—¡Que no amor, por favor, que no! De verdad, he metido la pata. Lo siento, de verdad, lo siento. Perdóname.

Amia finge no escucharle y adopta una pose pensativa, como si tuviera que aclarar sus pensamientos al trasluz de la reciente disputa. Después de un rato, para que lo escuche Fede, verbaliza el monólogo interior que aparentemente es el corolario de esa reflexión.

—Claro, como piensas que soy una puta, es por eso por lo que no te vienes a vivir conmigo. ¡Después de siete años juntos! Es increíble, desde luego es increíble —añade llorosa.

—Ya sabes que no es por eso.

—No, ahora ya lo entiendo todo. Esos remilgos que te traes siempre con el rollo de que ya trabajas para mis padres y que por dignidad (como si tú supieras lo que esa palabra significa), no puedes vivir en una casa que nos han regalado ellos. Que si te sentirías vi-

viendo de prestado, que si mi madre y mi padre te hacen el vacío. Todo eso son excusas. Pero se acabó, a partir de ahora se acabaron las mentiras y las excusas. Se tapa la cara con las manos y finge llorar.

—Después de lo que me has dicho hoy, está claro que lo mejor es que dejemos de salir juntos. Después de cómo me has tratado.

Fede intenta acariciarla, pero ella se aparta irritada.

—No me toques, no me hables, me voy ahora mismo y esta es la última vez que nos vemos. No te preocupes. Puedes seguir trabajando con mis padres, ya me buscaré yo otro trabajo por ahí, aunque sea limpiando suelos, para que no tengas que verme más. Con grandes aspavientos empieza a recoger su ropa y a vestirse, pero lo hace con gran lentitud, esperando que su novio reaccione. Fede lleva un rato meditando. Sabe que es un momento clave. Sabe que ella está jugando fuerte y que es un farol lo de dejarle y no verlo más; otras veces, se dice para alentarse, ha resistido similares acometidas; pero esa mañana no se siente tan fuerte como las otras veces. Abrumado por la resaca, que no le deja pensar con claridad, cree que esta vez ha metido la pata hasta el fondo y que ya no le queda más remedio que ceder. Arrastrado por la impotencia, termina por decir:

—Venga, me voy contigo a tu casa.

De repente, como transfigurada, exhibiendo un gesto de triunfo, Amia vuelve a ser la altanera presencia del principio.

—¿Ves como no era tan complicado? Venga, y ahora espabila. ¡Coge las maletas y vámonos de este cuchitril!